
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

EMILIO CASTELAR.

SEMBLANZA MORAL.

INTELECTUAL Y POLÍTICA,

POR

A. GRIMALDI.

Sr. D. José Rosetti.

CÁDIZ.

IMPRENTA Y LITOG. LA AURORA ESPAÑOLA,

Á CARGO DE D. JUAN A. HERNANDEZ,

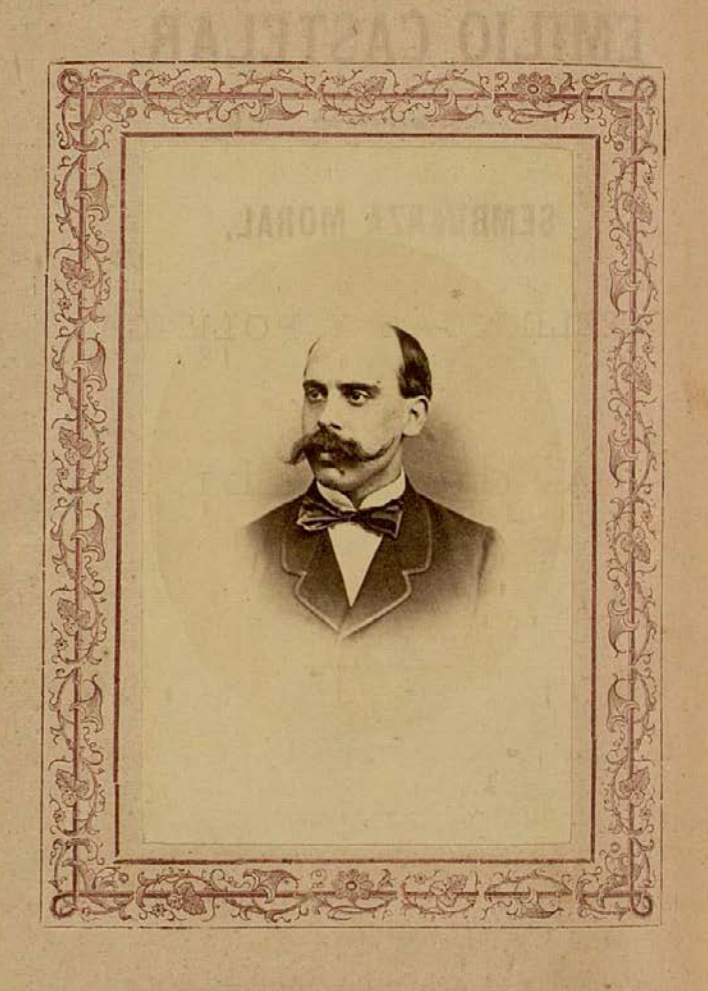
CALLES ANCHA, NÚM. 19 Y LAUREL, NÚM. 2.

1868.

EMILIO CASTELAR.

A mi estimado amigo D. José Rossetti —

A. Grimaldi



EMILIO CASTELAR.

SEMBLANZA MORAL,

INTELECTUAL Y POLÍTICA

POR

A. GRIMALDI.

CÁDIZ.

—

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Á CARGO DE D. JUAN A. HERNANDEZ,

Ancha 19 y Laurel, 2.

1868.

A los demócratas gaditanos.

La democracia española no es una idea nueva. Se hallaba encarnada en nuestras antiguas leyes, en nuestras costumbres.

Si teníamos un rey, era porque necesitábamos un caudillo que nos guiase al combate en aquellos tiempos esencialmente guerreros.

Pero aquel monarca reinaba por la libérrima voluntad del pueblo, aceptando y jurando las leyes fundamentales que en uso de nuestra Soberanía, formaban nuestras Córtes.

A condicion de que guardaría las leyes, lo hacíamos rey *é si non, non.*

La idea democrática sucumbió por la division de nuestras familias nobles, por la incuria de los pueblos bajo la espada de la casa de Austria y por las intrigas y el despotismo de la casa de Borbon.

Pero la idea no había muerto y renació en Cádiz en 1812, entre el humo de la pólvora y los himnos guerreros, en la lucha heróica de la Independencia.

Un execrable Borbon, deshonra viva en medio de la deshonra de su familia, hundió la ilbertad por medio de la fuerza y del perjurio.

En 1820, se levanta de nuevo la democracia proclamando la Constitucion de 1812, y tres años despues un ejército estrangero, restauraba el trono podrido de los Borbones y derrocaba la libertad.

Los esfuerzos de la democracia han sido desde entonces inauditos. Las cárceles, los presidios, los cadal-

sos no han logrado arrancar la idea de nuestros corazones ni debilitar nuestra fé. Tres veces la libertad ha sucumbido y otras tantas se ha levantado contra la mas inícua opresion.

Ahora mismo, acabamos de derrocar el trono de los Borbones, raza maldita en la historia, dejando un inmenso rastro de sangre y de ruinas sobre el suelo español.

Pero esa sangre ha fertilizado el campo de la libertad, y el árbol santo de la democracia estiende lozano sus ramas, para cobijar bajo su benéfica sombra las nuevas instituciones que el pueblo en uso de su Soberanía proclamada hoy mas que nunca á la faz de la Europa, quiera darse.

Demócratas fueron nuestros antepasados; demócratas fueron nuestros abuelos y nuestros padres en 1812 y 1820; demócrata es mas que nunca España, despues de la declaracion de derechos proclamada por todas las juntas revolucionarias y aceptada por todo el pueblo español.

Dentro de ese programa eminentemente democrático no cabe mas que una república federativa. Para que cupiera un trono dentro de ese programa sería necesario mutilarlo y eso no lo harán las Córtes Constituyentes porque sería el suicidio de la democracia por la Soberanía Nacional que es la democracia misma. Sin embargo, tal es la rigidez de este principio en los paises que desean regenerarse, que se debe acatamiento á la voluntad nacional.

En todo caso, la democracia no debe abatirse; la democracia, que es un principio eterno, podrá eclipsarse pero no puede morir.

La democracia es la fórmula del siglo que vá á sucedernos, preparando acaso el terreno á otras soluciones que se estan desarrollando lentamente al abrigo del porvenir.

La democracia gaditana que tiene la gloria de ser en los tiempos modernos la primera de España, tiene tambien mas sagrados deberes que cumplir: los deberes de la que ha nacido antes, la que tiene el derecho de enseñar á la que nació de su seno.

Por eso los apóstoles de la idea, Castelar y Bar-

cia, han mirado siempre con predileccion á la democracia gaditana.

Dos palabras sobre estos dos hombres eminentes.

Castelar es el apóstol que con la persuacion en sus labios y el atractivo irresistible en su voz, avasalla, arrastra los corazones.

Barcia es la lógica inflexible del derecho, que no transije, que se impone á la inteligencia humana.

Castelar habla al sentimiento, y conmueve.

Barcia habla á la cabeza, y persuade.

Castelar quiere destruir el edificio de los errores piedra por piedra.

Barcia es la mina que derriba la vieja fortaleza con una sola esplosion.

Roque Barcia es el hacha revolucionaria que hiende y destruye la vieja encina que no dá fruto.

Emilio Castelar es el selvicultor que corta las ramas podridas y beneficia el árbol esperanzado en que se vuelva fructífero.

Barcia es la tormenta que ruje en el espacio, que desgarra la nube, que desborda el torrente, que destruye los campos; pero que despeja la atmósfera y beneficia los terrenos que inunda.

Castelar es el regenerador que levanta la casa caida reconstruyendo; que endereza el árbol derribado cultivándolo: que encauza el rio desbordado, distribuyéndolo en canales de riego.

Barcia hace penetrar en la conciencia del réprobo el remordimiento.

Castelar lleva al alma del estraviado la esperanza.

Barcia quiere romper bruscamente la cadena del esclavo, sin cuidarse del sacudimiento doloroso que pueden sentir sus miembros.

Castelar lima los eslabones porque no sufra el esclavo.

La palabra de Barcia ruda y seca, persuade al amigo é irrita al adversario.

La de Castelar agrada al amigo y si no convence, no escita el rencor del contrario.

Los enemigos de la democracia podran amar alguna vez á Castelar: á Roque Barcia, nunca; porque los tiros de este son mortales, mientras que los de Emilio Castelar dan alguna esperanza.

Cuál de los dos tiene razon? ¿Cuál de los dos vá por el buen camino? Ambos.

La revolucion necesita destruir: la revolucion nece sita reedificar.

La revolucion que destruye y no reedifica, es una revolucion salvaje. Por eso al lado de la picareta, debe estar el plano de la nueva construccion.

El que derriba un convento para hacer una plaza, no ha hecho mas que cambiar una cosa ociosa por otra inútil. Pero el que derriba un convento para hacer una fábrica, una casa de educacion ó un establecimiento benéfico, ha hecho un bien á la sociedad.

Bajo este punto de vista la revolucion es á la vez destructora y reparadora.

Estos dos fines que se hermanan perfectamente, y Emilio Castelar y Roque Barcia que los representan, merecen bien de la libertad, de la pátria.

Y si hoy escribimos sobre las virtudes cívicas y superior inteligencia de Castelar, es porque nació entre nosotros, en este suelo clásico de la libertad. Es porque la democracia gaditana se ha educado en su escuela, por las doctrinas de su periódico. Es porque á semejanza de su apóstol, la democracia gaditana es humanitaria, propagandista y civilizadora cual cumple á la época que atravesamos, en que las doctrinas de atraccion dominan sobre las de repulsion.

Hoy nuestras barricadas son las reuniones, las asociaciones, la tribuna, la cátedra, el libro, el periódico y la hoja ambulante. Nustras armas, el derecho, el trabajo, la fé y la constancia.

Al dedicar este humilde trabajo á la democracia gaditana, no me mueve mas objeto que el pagar un débil aunque merecido tributo al hombre que ha sabido hermanar en un consorcio admirable la libertad con el sentimiento: el derecho con el deber: el espíritu con la materia, como representacion viva del porvenir.

Si este trabajo, mas hijo del corazon que de la inteligencia, es acojido con benevolencia por los demócratas gaditanos, habré conseguido la mas grata de las recompensas.

Càdiz 1.º de Noviembre de 1858.

A. Grimaldi.

EMILIO CASTELAR.

I.

Siempre que se presentan en el mundo esas grandes crísis de la humanidad que hacen de todo punto insostenible lo existente, la Providencia dá vida á un ser privilegiado, dotándolo de cualidades extraordinarias y marcándolo con el sello de la predestinacion.

Ese génio comprende lo que no comprende la multitud; tiene mayor fuerza, mayor inteligencia, mas fé, mas amor y mas esperanza que toda la colectividad. Habla, y su palabra persuade á todo el mundo: se mueve y todos le siguen. El solo enciende con su llama el tibio corazon de los demás. Su voluntad es ley. Nadie le pregunta qué piensa, adonde se dirige: nadie le pide los títulos de su mision, ni le exige garantías en cambio de la adhesion que le presta.

Y el hombre predestinado habla, se mueve, cuenta con todas las voluntades, con todos los tesoros, con todos los sacrificios. La crísis se resuelve y la humanidad se salva.

Otras veces no es una gran crisis la que atraviesa un pueblo, sino una gran necesidad moral que siente. Entonces la Providencia allega el remedio, depositándolo en manos de un hombre extraordinario.

Otras veces en fin, la necesidad es económica y basta para satisfacerla el hueso de una fruta sembrado por una mano próvida en un pais pobre; el descubrimiento de una máquina; la aplicacion de un nuevo procedimiento. Pero siempre es un hombre predestinado el que se encarga por la Providencia de tan sagrada mision. La historia nos enseña estas verdades.

Roma habia caido bajo la tiranía de los Césares: los últimos suspiros de la libertad habian venido á morir humildemente á sus plantas. Las legiones romanas habián dominado al mundo, dividiéndolo en opresores y oprimidos. Esclavos de todas las razas, iban á Roma á levantar los arcos de triunfo bajo los cuales habian de pasar los soberbios vencedores; y á construir aquellas inmensas calzadas, cuyos vestigios escitan hoy la admiracion del mundo. Aquellos esclavos cultivaban la tierra, servian á los señores; y á semejanza de nuestros caballos de plaza, iban á morir sobre la arena del Circo saludando al emperador al arrojar la vida con el último borbote de sangre que saltaba de la ancha herida.

Esclavos de todos los climas coronados de flores y empapados de aromas, alternaban con los libertos en las escandalosas orgias, ó se condenaban á los duros trabajos del hombre.

La santa virtud, huyendo de aquella tierra de maldicion, se habia refugiado en el cielo. Roma, avasallándolo todo, todo lo habia materializado, porque donde no reina la libertad, no se desarrolla y fructifica el espíritu,

Cuando la humanidad no llena las condiciones

impuestas por la Providencia, necesita regenerarse, puesto que no puede morir. Por eso, de enmedio de aquel lago cenagoso donde se removian todos los vicios, todas las prostituciones, nació EL CRISTIANISMO y el soplo del espíritu volvió á reanimar la materia. Esto no pudo verificarse sin luchas terribles. Corrió en abundancia la sangre de los mártires; la sencilla elocuencia de la muger, del esclavo y del niño, venció muchas veces á la elocuencia ilustrada que ha dado tan justa celebridad á los oradores de Roma. El espíritu de la nueva ley se difundia por las masas, se introducia en las legiones y semejante á la electricidad lo penetraba todo.

Pocos siglos bastaron para cambiar la faz del mundo. El genio que obró tan portentosa transformacion fué JESU-CRISTO.

II.

La misma Roma salia de la Edad Media. El guerrero hasta entonces rudo, religioso y apasionado, empezaba á discurrir. Los claustros, depositarios de los conocimientos humanos en viejos pergaminos, abrian las puertas de sus bibliotecas á la inteligencia y al arte. Los señores feudales comenzaron á avergonzarse de su ignorancia y quisieron entender algo de lo que hablaban los sábios. Estos mismos rectificaban los errores propios y estraños. Al mismo tiempo Italia abria sus hospitalarias puertas á la emigracion griega. Un comerciante de lanas, Cosme de Médicis, que tenia el instinto de lo bueno y lo bello, cambió una vez sus mercancías por estátuas y manuscritos: dió además el pasage gratuito á varios ilustres griegos y aque-

llas preciosas reliquias de la grande y desgraciada Atenas, vinieron á embellecer las bibliotecas, los salones y las jardines de la rica Florencia. Aquella fué una chispa eléctrica que se difundió por toda la Italia, pueblo inflamable por instinto y dispuesto á todo lo grande, á todo lo bello. Luis el Moro, los duques de Urbino y de Ferrara, los Papas, todos los grandes señores abrieron su alma y las arcas de sus tesoros á la civilizacíon griega.

La inteligencia se desarrollaba con pasmosa celeridad; ya no bastaban los manuscritos griegos y romanos á saciar la curiosidad siempre creciente de todos. En vano se multiplicaban los copistas: en vano se pagaban á peso de oro las obras apetecidas: aquel vértigo de saber necesitaba mayor espansion, mas goces. Fué entonces la hora señalada por el destino para satisfacer aquella gran necesidad; y Guttemberg que habia perfeccionado la imprenta, pudo admirar á su patria y seguidamente á la Italia y las demás naciones, con la publicacion de los primeros volúmenes.

Desde entonces los conocimientos humanos estuvieron al alcance de las medianas fortunas. El movimiento intelectual podia ya regularse por el de la imprenta, corrigiendo al mismo tiempo por medio de la discusion, muchos errores nacidos al abrigo de una civilizacion hasta cierto punto improvisada, y que adolecía de cierto empirismo propio de la escacéz y gran costo de los manuscritos. Pero la imprenta no era bastante; era preciso que todas aquellas brillantes luces esparcidas al acaso, se recogiesen en un foco desde el cual irradiasen despues con la virtud comunicada por el centro directivo. Entonces subió al trono pontificio un ilustre vástago del gran Cosme padre de la patria. Leon X no podia negar las tradiciones de aquella série de protectores de las Ciencias y

las Artes. Leon X á quien con razon llama la historia el *soberano de la inteligencia* acogió con amor el invento de Guttemberg, teniéndolo por *casi divino*. Y si mas tarde estableció reglas que limitaban la libertad del pensamiento, no fué ciertamente por ódio á la prensa; sino porque asi entendia que podia mantener su esplendor y pureza contra las licencias introducidas por hombres inmorales como el Aretino.

De este modo llegó á su apogeo el renacimiento, cuna de la civilizacion moderna.

III.

Francia se habia colocado al frente de la civilizacion del siglo XVIII y París como Atenas en lo antiguo y Roma en el renacimiento, era la cabeza inteligente de Europa. Pero Francia estaba corrompida, degradada. El pueblo solo tenia la libertad de divertirse y fastidiarse: la nobleza humillada á los piés de soberanos corrompidos, hacia el oficio de ayuda de cámara. Preocupaciones groseras ocupaban en el pueblo el lugar de las creencias religiosas. La córte empezaba á dudar de todo y solo creia en el placer de los sentidos y en el charlatanismo del espíritu. La monarquía, deponiendo su severa gravedad, se habia transformado en una tiranía, pueril, caprichosa, inmoral y envilecida.

La religion era á la vez el fanatismo, la hipocresía, el instrumento de ambiciosas miras. Las costumbres públicas partiendo de aquellas dos fuentes cenagosas estaban enteramente viciadas. De vez en cuando se levantaba una autorizada voz en la tribuna sagrada, predicando la verdad que todo el mundo es-

cuchaba con atento silencio; pero sin que se sacára otro resultado que los elogios tributados al orador sagrado por su grandi-locuencia. Escritores profanos se ocupaban tambien sériamente de las costumbres públicas y sus obras se leian y aplaudian en la sobre-mesa de un festin, en el que se habia apurado todo lo mas esquisito de la voluptuosidad francesa.

Estaba visto que la voz del *ángel bueno* no podia ser escuchada cuando tantos ángeles malos de seduccion habia en la tierra.

Fué preciso que una carcajada solemne, estridente, estremecedora, se burlase de todas aquellas miserias. Era preciso poner en ridículo la tiranía de los reyes, la humillacion de la nobleza, la hipocresía del partido religioso, la supersticion del pueblo: fué preciso que la mitad del mundo se riera de la otra media, en el teatro, en la novela, en los círculos aristocráticos; era preciso en fin, derribar todo lo existente, sin cuidarse de lo que vendria despues.

Esta mision demoledora no podia estar confiada mas que á Voltaire; génio infernalmente salvador, en aquella época. Voltaire, dotado de superior inteligencia; llegó á comprender que sin una revolucion radical que todo lo destruyese, aquellos males no tenian remedio. Era imposible atacar frente á frente la tiranía cuando todavía no habia nacido un ejército libertador: era imposible combatir al fanatismo cuando se colocaban delante de él una cruz y una espada: era imposible combatir la ignorancia del pueblo: cuando apenas sabia leer. Necesitó por lo mismo el gran revolucionario, emplear los medios indirectos: la guerra de emboscadas, y usar alternativamente, la pala para los trabajos de zapa, la picareta, cuando minados los cimientos de un fuerte, bamboleaban sus murallas. En mas de sesenta volúmenes, con una

perseverancia que sorprende, atacó las bases de aquella sociedad caduca, teniendo la rara habilidad de asociar á su mision demoledora, muchos de los mismos que habian de quedar sepultados entre sus ruinas. Hízose moda discutir las cosas mas sagradas, por epígramas: la novela reemplazó al libro de la moral: el vicio mismo, fué empleado para corregir el vicio. Los reyes, los grandes, las ilustres damas, las personas acomodadas y finalmente el pueblo todo, siguió la nueva escuela que consistia en dudar ó negarlo todo y en reirse de todo.

Pero Voltaire no estaba solo en aquella tarea: le acompañaban Diderot, autor del pensamiento de la Enciclopedia: su colaborador el profundo D. Alembert, el ateo Baron de Holbach y otros filósofos inspirados por el escepticismo de Voltaire.

Todos aquellos hombres pusieron mano á la obra, como si se tratase de levantar una segunda torre de Babel. Formóse la Enciclopedia; es decir, una compañía de zapadores y bomberos, cuya mision era derribar todo lo existente.

IV.

Al lado de aquellos filósofos revolucionarios, habia nacido de humilde cuna un hombre modesto, dotado de gran corazon y de superior inteligencia. Era manso como un cordero, candoroso como un niño, pudoroso y sensible como una doncella: ingénuo como un salvage. Amaba la ciencia, pero odiaba la civilizacion, suspirando por las sociedades primitivas.

Creia que el hombre salia perfecto de manos de la naturaleza y que despues la sociedad lo corrompía:

Creia en Dios: en la virtud en el amor: en la amistad. Amigo al principio de Voltaire y sus compañeros, tuvo que apartarse de ellos desde que conoció la distancia que los separaba en su mision y creencias.

Enemigo como los filósofos, de la tiranía y las supersticiones, diferia en el modo de combatir aquellas dos plagas sociales. Estaban conforme en que se derribasen las preocupaciones que habian nacido á la sombra del altar; pero no queria que se derribara la imágen. Vencedor en un certámen filosófico en el que se declaró en contra de la sociedad existente, escitó la envidia del círculo Volteriano y desde entonces le persiguieron con el ridículo. Refugióse Rosuseau en el interior de su conciencia: consolóse en el regazo del amor y fué á cantar como un ruiseñor amigo de la independencia, en la soledad de los bosques. Allí se dedicó á escribir varias obras, y entre ellas una pequeña por su volúmen, grande por su significado, inmensa por su influjo en la constitucion de las nuevas sociedades. No vacilo en llamar al CONTRATÓ SOCIAL, *la biblia del derecho popular*.

Se ha disputado mucho en el mundo inteligente sobre la importancia de aquellos dos hombres extraordinarios: Unos considerándolos como génios del bien, otros como génios del mal. Mi opinion, entre tantas autorizadas opiniones es de poca valía; mas á pesar de eso no quiero ocultarla.

Yo considero á Voltaire como la tormenta que desborda los torrentes, que troncha las encinas, que derriba los edificios, que destruye los sembrados, que ahuyenta los rebaños y difunde el terror por las comarcas; pero que ha purificado la atmósfera de los miasmas corrompidos que anunciaban destruir el mundo moral y preparado el terreno de las reformas.

Rousseau me parece el arco iris que se muestra

despues de la tormenta para anunciar á los hombres la *nueva era* en que la paz, la libertad, y la justicia regirán al mundo.

Pero la destruccion habia sido terrible y la reparacion necesariamente habia de ser lenta. Los obreros de la nueva Sociedad encontraban muy embarazado el terreno y lo peor era que al pié de cada ruina habia un personage encargado por la reaccion en juntar de nuevo aquellos materiales para levantar los edificios caidos. Desde entonces comenzó una lucha moral que terminó en las charcas de sangre de la revolucion francesa, sobre la que me veo obligado á echar ahora un velo para seguir mi principal intento.

V.

De la filosofía de aquellos dos hombres estraordinarios nacieron dos escuelas: la que tenia por base el esceptisismo y la que partía de las creencias. Estas dos escuelas traspasaron juntas los Pirineos y llegaron á inocularse en nuestra inteligencia hácia el fin del siglo anterior.

Es necesario convenir sin embargo, en que la escuela Volteriana tuvo mas partidarios. Hízose moda entre nosotros el dudar de todo y el hombre llegó á avergonzarse de profesar la religion de sus padres. Devorábanse con ansia las obras de Voltaire, sin que consiguiese otra cosa el rigor de la censura, que avivar mas el deseo y aumentar el número de los partidarios de la filosofía escéptica. El partido liberal de España en vez de haberse formado en la escuela del *Contrato Social* que hubiera sido lo mas propio, se

or mó en las tradicciones de la revolucion francesa y en las doctrinas de los enciclopedistas. Esto ha sido un gran mal para nuestra regeneracion social y política; porque influyendo directamente nuestros hombres notables en las costumbres del pueblo, sembraron sin conocerlo, perniciosas semillas que hoy nos cuesta mucho trabajo desarraigar.

La duda conduce naturalmente el hombre al positivismo: destierra las creencias tan gratas al corazon: resiste el sacrificio: no conoce la gloria: materializa el amor: especula con la amistad: el invidualismo triunfa de la colectividad: el hombre no es para la seciedad, si no la sociedad para el hombre.

De aquí que la política sea un negocio, que la familia se considere como una carga: y á la muger como un instrumento de medro ó únicamente el mayordomo de la casa. De aquí que nadie quiera plantar un árbol cuyo fruto no ha de comer, y destruya otro que pertenece á la generacion venidera. De aquí que se miren las ciencias únicamente bajo el punto de vista utilitario y se conviertan las artes en una industria. De aquí que se haya conservado la estraña sicologia de los enciclopedistas que consiste en dividir al hombre en dos partes; en materia y en intelecto, haciendo completa abstraccion *del sentimiento*, la parte mas noble de nuestro ser, la fuente de toda bondad; el destello mas puro del cielo.

No es mi ánimo calumniar al portentoso siglo XIX con presentar el lado materialista que lo caracteriza, no como un mal desesperado, si no al contrario, como una dolencia que tiene remedio.

El siglo de la sabiduría, de la libertad, de la caridad colectiva, de la igualdad y la justicia para todos, no llenaria su mision regeneradora si prescindiera del sentimiento, del amor, alma del universo,

desde el astro hasta la planta, desde el hombre hasta el insecto; desde la gota de água hasta la molécula de granito.

El Siglo XIX como todos los siglos tiene su modo de ser y sus preocupaciones. El siglo XVIII fué destructor y al nuestro le toca ser reedificador. Necesita devolver al hombre lo que los escépticos de su antecesor le arrebataron. Esta es la obra que la Providencia encomienda á ios seres predestinados.

VI.

Algunas almas buenas de la vecina Francia miraban con sentimiento morir la fé en el corazon de los hombres. Esa Francia de las nobles pasiones, sentía marchitarse su gran corazon por la fria incredulidad de una secta que habia derribado el altar del sentimiento, para colocar en él la estatua marmórea de la fria razon.

Esas almas tiernas sentian mas que pensaban; al contrario de los espiritus fuertes, que pensaban mas que sentian. Aquellas consideraban la humanídad en detalle; estos, la consideraban en conjunto. No condenamos á los hombres porque obedecen al órden de los acontecimientos. La mision de las revoluciones - ya lo he dicho—es destruir: la de las regeneraciones, reedificar.

Entre aquellas buenas almas estaba *Lamennais*, que quiso como *Rousseau* conciliar la libertad con la religion. *La religion se presenta á los sentidos como poder: á la inteligencia como necesidad: al corazon como amor*, Asi pensaba *Lamennais*; pero fué

inconstante en su conducta, mostrándose sucesivamente subordinado y rebelde á la autoridad religiosa. Escritor de sentimiento y de incomparable estilo, hablaba al corazon del hombre y de los pueblos, en nombre de Dios y de la libertad.

Aterrada la imaginacion de *Chataubriand* con las escenas de la revolucion de su pais; testigo á la vez y victima de ella; lleno de amargura él mismo por secretas y dolorosas pasiones, era inclinado á la melancolia, y sus obras se tiñen de ese color que las hace tan simpáticas á los corazones sensibles. Profundamente instruido en la filosofia, renuncia sin embargo al argumento, prefiriendo dirigirse al corazon, al que constituye en juez de las cuestiones políticas, religiosas y sociales.—¿Hé logrado conmover?—parece que decia—luego he persuadido. En efecto, *Chateaubriand* logró resucitar en parte las antiguas armonias del sentimiento, ahogadas en las frias y ruidosas discusiones de los enciclopedistas; y la generacion de nuestro siglo, singularmente la juventud, encantada por el canoro ruiseñor de los antiguos bosques, llegó á pensar que el hombre á mas de materia y de inteligencia, tenia otra parte muy esencial en su ser: el sentimiento.

Pero *Chateaubriand* no tuvo la intima fé del apostol, ni la indomable constancia del martir. Fluctuando entre la revolucion y la monarquía, entre la tradicion y el porvenir, no se atrevió á ser en política francamente liberal, ó francamente monárquico; y en religion es muy posible que á haber vivido en los primeros tiempos del cristianismo no habria ido con ánimo resuelto y heróico hacia la hoguera.

No pienso ofender con estas palabras, la memoria del ilustre autor de *Los Mártires*; pero le encuentro á veces débil y vacilante, cuando quiere presentar á

la religion frente de la razon humana. Sin embargo. ¿como no reconocer en ese filósofo poeta el inmenso bien que á *la redencion del sentimiento* han prestado sus obras?

Madama Stael, heroina del romanticismo, dotada de la energia moral del hombre y de la esquisita sensibilidad de la muger, fundó una especie de eclecticismo en el que escluyendo las duras condiciones de la monarquia absoluta y los bárbaros ejemplos de la revolucion francesa, procuraba reunir todas las bondades de los dos sistemas en un centro comun; aceptando la monarquía templada y la religion como principio moral y civilizador de las modernas sociedades. Con toda la fuerza de conviccion que sienten las almas inspiradas por el amor á la humanidad, condenó el materialismo que ya empezaba á estender su helada zona por la sociedad europea y escribió su *Corina* como vindicacion de la Italia, *oprimida pero no regenerada*. Esta preciosa obra parece inspirada por el soplo místico de *Gerónimo Savonarola* y el alma entusiasta y apasionada de *Teresa de Jesús*.

¿Quién no conoce á *Alfonso Lamartine*, ese grande hombre con el corazon de niño: ese gran poeta que embellece todo cuanto toca, que tiene el aroma y la ambrosía en sus lábios y el amor mas intenso en el corazon?

Lamartine es el cantor de todas las bellezas, el apóstol de todas las virtudes. Entusiasta hasta la exaltacion, sensible hasta la debilidad, ha vivido siempre en un mundo de ilusiones, en un estado de delirio. Se ha creado una existencia ficticia, un hombre artificial segun los tipos ideales que tiene en su mente creadora. En *Lamartine* todo es amor, todo poesía. Son bellos para él todos los bosques, todos los celajes; ama á todas las naciones; pero sobre todo á

su querida Francia hasta en el momento mismo en que la maldice. *Lamartine* adora á Dios en su obra, al hombre en su libertad. ¡Pero que amarga defeccion! *Lamartine* es calumniado porque retrocede cuando retrocede la Francia. *Lamartine* es censurado amargamente por sus deudas no contraidas por los vicios, si no por haber dejado á su pátria el grandioso monumento de su viage á Oriente y de otras obras que si bien no están á la altura de la epopeya, sirven grandemente para volver el candor al corazon de la juventud. La Francia abandona á *Lamartine* y le permite vender su último y mejor amigo: *el caballo favorito*. *Lamartine* se ve en fin casi reducido a la miseria. Pero todos los buenos corazones le envian sus simpatías: todos se enternecen con sus obras y sienten brotar lágrimas de sus ojos entumecidos por el aire glacial del materialismo.

Otras buenas almas cooperaban tambien á la redencion del sentimiento en varios paises de Europa, adelantando poco en verdad en su santa mision; *porque la tierra no estaba aun bien preparada*.

VII.

La revolucion francesa que habia empezado por destruir á sus declarados enemigos, siguió destruyendo á sus amigos sospechosos y concluyó devorando sus propios miembros.

Las cabezas mas ilustres rodaron por los patíbulos ó espiraban entre horribles convulsiones en el suplicio barbáramente ridículo de la linterna. Con las fauces roncas de gritar y atragantadas de sangre,

cayó rendida y desalentada con la estupidez de la insensibilidad, á los piés de un soldado atrevido y con fortuna.

De toda aquella inmensa hecatombe humana, de todo aquel vasto cementerío, no quedó mas que un libro y una espada: el libro de *los derechos del hombre*, la espada de un Emperador.

Desde entonces vienen luchando la espada y el libro y es seguro que con el tiempo, antes caerá la espada dividida en fracmentos, que logre rasgar una siquiera de las sagradas páginas del libro.

Pero entre tanto, Dios mio! cuantos combates hay que sostener! cuanta sangre hay que derramar!

Y porqué ha de ser asi? porqué el hombre hermano del hombre ha de combatir, ha de tiranizar á su hermano? El derecho y la vida del uno, no es el derecho y la vida del otro? Puede ser el destino de la humanidad el vivir en perpetua guerra? Si Díos es el prototipo de la suprema bondad, puede consentir que reciprocamente se aniquilen sus hechuras? No es mas piadoso creer que el hombre encontrará algun dia la fórmula de la paz y la armonia de sus intereses y sentimientos?

Estas amargas, al par que consoladoras ideas, debieron acudir á la admirable y creadora mente de un hombre que había visto desaparecer á su familia entre los horrores de la revolucion, escapando él milagrosamente de la guillotina.

He aquí el retrato de ese hombre, sacado de los anales de la humanidad y trazado por mano diestra.

Francisco María Carlos Fourier, nació en Besanzon en 7 de Abril de 1772. Desde muy niño se dedicó al estudio de la naturaleza humana, y habiendo seguido la carrera del Comercio, aunque sin aficion, recorrió la Francia, la Alemania, la Béljica y la Ho-

landa. Arruinada su familia á consecuencia de la revolucion y habiéndose salvado él mismo, casi por un milagro, del cadalso, esperimentó gran disgusto al ver que la sociedad, para conquistar sus derechos, tenia que apelar á la efusion de sangre. Sus padecimientos subieron de punto, cuando en virtud de un decreto se vió incorporado en un regimiento de caballeria, con la obligacion de dirigir sus armas, no solo contra el enemigo, sino tambien contra sus compatriotas. Obtuvo despues la licencia absoluta y otra vez buscó su subsistencia en el comercio; dedicándose en los momentos que le quedaban libres, á investigar las leyes de una nueva organizacion social. Su primera obra publicada en 1808 no tuvo el mayor écsito; pero no desalentándose por ello, continuó esplanando sus ideas reformadoras en obras sucesivas que dió á luz desde 1822 hasta 1835. Fourier se proponia fundar un hombre social en que todas las pasiones humanas hallasen una satisfaccion que redundase en provecho general; en que todas las capacidades encontrasen un lejitimo empleo y en donde el trabajo, aplicado al bienestar universal, fuese un dederecho y un atractivo para todos, y no una penosa obligacion como lo es actualmente. Con tal objete queria reunir los tres elementos de capital, trabajo y talento; y asociar á los hombres en grupos, series y falanges por medio de la atraccion apasionada, que es, segun él, la ley de la humanidad. Con tal objeto dejó escritas las obras siguientes: *Teoria de los cuatro movimientos: Tratado de la asociacion doméstico-agricola: Nuevo mundo industrial: Falsa industria.*

Fourier murió en Paris en 1837.

La civilizacion ha ido formandose lenta y progresivamente con el concurso de las inteligencias de

todas las naciones y de todos los siglos. Algunos sabios, dotados de rica fantasía se habian propuesto formar un plan sobre la reorganizacion del mundo, pero sus planes, incompletos en la esencia, complicados en la forma y confusos en los detalles, no pasaron de invenciones ingeniosas mas propias para entretener la imaginacion que para persuadir al entendimiento. Jamás cérebro humano habia concebido el audaz pensamiento de regenerar la naturaleza y redimir la humanidad entera. Parece increible que Fourier, en medio de sus ocupaciones mercantiles, de sus frecuentes viajes y del profundo y amargo disgusto de que estaba poseida su alma, pudiese emprender una obra tan gigantesca, que pudiera llamarse la nueva *creacion del mundo*.

Aprovechando los materiales de la vieja sociedad, ennobleciendo, dando una acertada direccion y empleo á las pasiones que hoy se tienen por destructoros; armonizando los intereses materiales y los del corazon: regularizando las estaciones, mejorando los climas, se proponia éstablecer en el mundo, la libertad, la paz y la abundancia.

¿Es esto una bella utopia, ó un sueño realizable?

Si es una utopia, debe convenirse en que una creacion fantástica tan grande no la ha producido jamás ningun talento. Pero si fuese un sistema realizable en el porvenir, es necesario confesar que Cárlos Fourier era la primera inteligencia humana que hubieran producido los siglos.

Esperemos un poco para juzgar.

La democracia no ha pronunciado la última palabra; puesto que en los Estados Unidos, modelo de esa forma, el hambre diezma las masas de obreros. Esa no puede ser la última palabra de la humanidad. ara que llegue esa última palabra se necesita la

confederacion de todas las naciones en repúblicas federales; y aun asi no estamos seguros de que la humanidad se salve.

¿A qué pues hablar de utopias? Puede haber utopia mayor que lo existente?

Pero continuemos nuestra tarea dejando al tiempo la solucion de tan grave problema.

VIII.

Tambien la duda habia traspasado el alto Pirineo; mas no se detuvo en las crestas de las montañas vascas, ni en sus profundos valles, alegres campiñas, y pintorescas poblaciones. Aquel aire, aquella magnífica naturaleza en que todo procláma á Dios: aquella raza de hombres de orígen inmemorial y oscuro, libres por la tradicion de tantos siglos de libertad y de creencias, no podia dar hospitalidad á la duda, y esta vino á caer como una escarcha sobre los paises del centro y medio dia de España, estableciendo sus reales en la coronada villa.

Tambien aquí se habian debilitado las creencias. Muchos viejos que negaban á Dios, rendian culto á la infalibilidad humana: muchas jóvenes formadas por el espíritu de las novelas frivolamente sentimentales ó víctimas de alguna pasion burlada, se quejaban á la edad de quince años de *haber perdido todas las ilusiones*. Muchos poetas niños, formados en la escuela de Byron y Werther y de nuestro malogrado Espronceda, se lamentaban de que *no les comprendia el mundo* y á fuerza de creerse desgraciados llegaban á serlo; muchos hombres en fin que habian hecho mala elec-

cion de amigos y de amantes, que no habian hecho beneficios á nadie, que *no habian sembrado*, se quejaban *de no haber cogido*; negaban el amor, la amistad y la virtud, se volvian misántropos y odiaban al género humano.

Pero en medio de esa esterilidad del alma, se conservaba el sentimiento: en medio de esas espinas, habia flores brillantes con sus colores, fragantes con sus perfumes.

Una reaccion saludable se obraba lenta pero progresivamente, y se revelaba en la política, en las ciencias y en las costumbres.

Comenzóse á sentir la necesidad de alimentar el espíritu que caminaba al azar desatentado y loco por regiones peligrosas y desconocidas. Adivinábase un mundo invisible, impalpable. donde nadan las almas buscando sus armonías. Sintióse sobre todo, la íntima necesidad de amar algo y de convertir este amor en provecho de la humanidad. Despues de creer, era necesario amar y no era la cabeza, sino el corazon, el que debia buscar la fórmula de este amor.

Esta redencion del sentimiento necesitaba un apóstol, y el apóstol apareció!

IX.

La cuna de la libertad española, fué tambien la cuna de Castelar. En Cádiz vió la luz primera.

Las espumosas olas del mar Atlántico arrullaron su primer sueño: los rayos tibios del sol naciente iluminaron su primera sonrisa. La casa donde nació en la plaza de *Candelaria* está cercana á

la Iglesia de aquel título, por cuya circunstancia, los sentidos del tierno niño debieron impregnarse de las armonías del órgano, del aroma de los inciensos, y del sordo gemido de los árboles vecinos agitados por el viento y que proyectaban su sombra en el muro del mismo templo. ¿Habrán influido aquellas primeras impresiones en el tinte suave, religioso y melancólico que se advierte en sus escritos y discursos?

La naturaleza parece haberse detenido en la formacion de Castelar. De mediana talla como son casi todos los hombres de genio: con una cabeza perfectamente modelada, un cráneo digno del estudio de los frenólogos: con una musculatura suavemente elástica, tan susceptible de la energía como de la dulzura, del entusiasmo, como de la calma; con una frente levantada y esférica donde pueden caber las mas grandes concepciones, las mas esquisitas cualidades perceptivas; con unos ojos llenos de espresion avasalladora: con unos movimientos en que alternan los giros elípticos y angulares, signos de la gracia, la energia, y la dulzura: con un timbre de voz suave como las ondas sonoras del céfiro y fuertes como el bramido del huracan; con una diccion eminentemente dramática, Castelar ha nacido para el puesto que ocupa en el mundo, de orador, tribuno, escritor público, doctor en ciencias y viajero ilustrado.

En su caracter privado, en su vida intima y social, tiene algo de cándido, como Lafontaine; es bondadoso como Beranger: entusiasta como La-Martine: vuela por los espacios del espiritu, como Teresa de Jesus.

Si fuera pintor, seguiria la escuela de Rafael: si músico, compondria en el género de Bellini.

Su divina prosa, que es una verdadera poesía tiene la tranquila dulzura de la de S. Juan de la Cruz,

la grandiosa sencillez de los cantos de Ossian: la sublime majestad de los salmos de David.

Sus obras y discursos tienen semejanza con los campos primitivos del mundo, despojados de todo animal pernicioso y donde solo hubiera pájaros, flores, céfiros blandos, aromas, mansas y claras fuentes, animales pacíficos y en medio, colocados el hombre y la muger como reyes de la creacion, viviendo en inefable armonia.

Castelar no ha nacido para el ódio; y para conseguir el concierto y el amor entre los hombres, llegaria hasta el sacrificio.

Reune la mansedumbre del evangelista, á la fuerza de voluntad del héroe. Como todo reformador, se siente inspirado; y escribe, habla, suplica, razona y si fuera preciso arrostraria el ridículo de las preocupaciones, si por ello pudiera alcanzar alguna conquista para la civilizacion. Pero todo espontáneo, todo inspirado; sin pedir nada para su amor propio, sin pretender mas recompensa que un lugar en el corazon de los hombres.

Castelar ha hecho un gran servicio á la sociedad y á la democracia española, arrancando del camino de *la linterna* y *la guillotina* á centenares de hombres de buena fé, que seducidos por la lectura de la revolucion francesa, quisieran parodiar entre nosotros, las escenas que se han hecho imposibles. despues de la primera mitad del siglo XIX.

Castelar es uno de los pocos hombres que se han atrevido á mirar frente á frente y muy de cerca el esplendor del trono sin deslumbrarse y sin altanería; y es tambien el que ha contestado á la sonrisa régia de una muger y á sus palabras de benevolencia, con la confirmacion de unas doctrinas, que jamás se han confesado en aquel lugar.

Castelar es el tipo del evangelista ilustrado. Persuade, porque cree. Predica como Savonarola las reformas religiosas. Comprendiendo el verdadero espíritu del Evangelio, lo considera como fundamento de la democracia. No importa que por ello se atraiga la animadversion de los religiosos interesados y fanáticos y el ridículo de los enciclopedistas que quisieran separar completamente la libertád del Evangelio. Castelar oye á su lado, detrás y enfrente esos vagos rumores; pero sigue adelante; porque los reformadores por nada tuercen el sendero por donde los conduce el esfuerzo irresistible de la Providencia.

Un espíritu tan elevado, un alma tan apasionada y ardiente; una imaginacion tan vigorosa y poética, no podia militar en otro partido que en la democracia. Un hombre de su talla, no debia ser un simple soldado; ni un orador que recuerda á Demóstenes, á Danton y á Lopez, podia ser un tribuno vulgar. Por eso, desde luego, fué Castelar el primer orador de la democracia.

La naturaleza le habia formado para ese destino. El timbre de su voz solamente, hiriendo todas las fibras del sistema nervioso, lo conmueve agradablemente por un efecto armónico y persuade instintivamente, aun antes que la palabra lleve la conviccion al entendimiento.

Su entonacion al principio suave y melodiosa, de acuerdo con el sentido de sus discursos, va tomando cuerpo á medida que alejándose de la introducion va entrando en el ancho campo de la esposicion, del desrrollo, hasta llegar al raciocinio.

Principia con la modestia y la timidez de un niño, sigue con la fé y el entusiasmo del adolescente y concluye con el acento vigoroso y la profunda conviccion del hombre en su completo desarrollo intelectual.

Su elocuencia es la del corazon.

Conmueve, porque siente.

Persuade, porqne está convencido.

Arrebata, porque es arrastrado por el entusiasmo de las grandes ideas que inflaman su alma y su cerebro.

Investigando las causas del efecto mágico y armónico que en nuestro sistema nervioso producen los discursos de Castelar, hemos advertido que en la estructura de su lenguaje están ingeniosamente combinadas las palabras breves y las largas, lo que produce en el oido una continua y variada impresion musical, de tal modo, que un estrangero que ignorase completamente nuestro idioma se sentiria agradablemente conmovido.

Por eso los discursos de Castelar producen efecto en todas las inteligencias, en todos los temperamentos;porque si su palabra persuade, el timbre de su voz conmueve.

Censuran algunos los discursos de Castelar por a profusion de sus flores poéticas y su tendencia á los idilios políticos. Ah! tienen por desgracia razon. Castelar que habla con los ángeles, no puede ser comprendido por muchos hijos del siglo XIX, que no oyen mas que el aspero ruido de la locomotora y las máquinas, y no prestan atencion á los dulces jemidos de la caridad y los cánticos de amor y de esperanza que entonan los obreros del porvenir.

Dicen bien: Castelar no puede ser el cantor de la materia, mientras la materia en vez de ser la señora, no sea la esclava del sentimiento.

Castelar no puede levantar idolos á la materia, porque para él la materia no es mas que un instrumento un medio, la forma de la civilizacion.

La democracia es su bello ideal, su ídolo.

Castelar ama la democracia, como un poeta á su lira, como un pintor á su cuadro, como un músico á su instrumento, como un enamorado á su dama, como un cazador á su perro, como un creyente á su Dios.

La democracia es para Castelar una necesidad ardiente, como el aire que respira, como la sangre que late en sus venas, como el sustento material de su vida, como su vida misma.

Para ese apóstol de la democracia, no hay mas allá: su elevada y clara inteligencia se há detenido en ese alto valladar que separa completamente los principios de la monarquia,de los derechos del pueblo.

No hay que hablarle de nuevos sistemas; para él todos son utopias, fuera de la democracia.

El dia en que Castelar perdiera sus queridas ilusiones; el dia en que grupos enteros de sus discípulos abandonasen sus banderas para alistarse en las legiones falansterianas, ese dia quedaria muerto su corazon, como el del bardo de los tiempos feudales, cuando miraba destruir los viejos castillos en cuyos salones resonaron los apasionados y melancólicos acentos de su lira.

Tanta fé en sus doctrinas, tanta enerjía en su alma, tan sublimes dotes en su inteligencia necesitaban una manifestacion gráfica, permanente y de esta necesidad apremiante nació la Democracia. Simultáneamente acudieron á rodear este astro refulgente, una pléyade de jóvenes que contribuyó en su esfera á dar vida y esplendor al órgano de la jóven democracia.

Allí, el maestro, continuó sus predicaciones políticas abordando y resolviendo las mas grandes cuestiones sociales políticas y económicas.

El periodista no, era inferior por cierto al cate-

drático de la universidad central y al orador de los clubs y de las asambleas públicas.

Castelar hizo su estreno de orador público en una reunion popular muy inmensa. Al empezar su discurso, dijeron unos pocos:—«es un adolescente!»—En el primer tercio de su peroracion esclamaron muchos:—«es un hombre!»—Cuando llegó á su apojeo, prorrumpió toda la asamblea, arrebatada de entusiasmo —«es un génio!»

Pero quien era aquel adolescente, aquel hombre, aquel génio?

Nadie lo sabia: habia caido allí como una aparicion sobre natural. Sus palabras, su acento, su ademán tenian algo de otras regiones.

Así empezó su carrera política y oratoria aquel hombre estraordinario. Desde entonces acá, ha sido su vida una série de triunfos aun en medio de las persecuciones é infortunios sufridos en la patria y en los paises estrangeros; y en la cátedra en la prensa, en las reuniones públicas en los viajes, en la vida sedentaria, lassemillas de sus doctrinas, las flores de su elocuencia han sido recogidas con entusiasta solicitud.

El aura popular, el sufragio de los comicios quisieron llevarlo á las córtes, pero habia nacido muy tarde en un país donde todavía se media la inteligencia por el cronómetro. Fué necesario esperar. Pero nunca llegó la hora, porque la reaccion iba cerrando todos los caminos de la libertad.

Castelar sostuvo la bandera de los principios en la prensa todo el tiempo que le fué posible hasta que fué arrojado de ella y de la cátedra por la fuerza brutal del mas odioso depotismo.

Pero detengámonos un momento en la Universidad central.

El que con tanta conciencia y tanta perseverancia habia leido la historia; el que tanlo fruto habia sacado de ese estudio, en sus aplicaciones á la política; el que dotado de una memoria prodigiosa, llevaba en su cabeza y en sus labios la historia misma, merecia ser su intérprete en la Universidad y el jurado universitario no pudo menos al pronunciar su veredicto, que esclamar: *¡paso á la inteligencia y al genio!*

Un aplauso general, el aplauso de la España ilustrada, coronó las sienes del jóven doctor con la aureola popular.

Desde el primer dia de sus esplicaciones orales acudió un auditorio inmenso en el que se encontraban literatos, periodistas, diplomáticos, artistas y curiosos ilustrados.

En las vacaciones, visitó Castelar varios provincias de España: pintó el Mediterraneo, ese mar de las familias meridionales, cual jamás ningun paisajista célebre lo ha pintado.

Describió las campiñas y las montañas; las ciudades y las aldeas, los monumentos, las costumbres; evocando por todas partes los recuerdos históricos y recibiendo por todas partes las ovaciones de la multitud. En todas partes quisieron escucharlo y en todas partes consiguieron oir su voz sonora y vibrante, proclamar los santos principios de la democracia.

Hasta entonces una corona de laurel y rosas ceñia sus sienes de jóven y poeta: faltábale la corona del martir que hiere la frente de los redentores.

Y el martirio llegó. Y los verdugos de la pátria que no perdonaban al mas insignificante soldado de la libertad hirió con su látigo al ilustre caudillo que

guiaba las masas populares y la ilustrada juventud al templo de la libertad.

Castelar como otros muchos proscriptos ha errado en tierra estraña, comiendo el pan de la emigracion; pero siempre laborioso, siempre inspirado por la fé y animado por la esperanza, ha recogido preciosos dato que algun dia verán la luz pública.

Al volver al suelo natal, el ilustre proscripto viene resuelto á levantar mas que nunca la bandera de la democracia.

No hay que hablarle de transaciones acomodaticias con principios que rechaza. Si es una verdad la declaracion de derechos escrita en la bandera revolucionaria de todas las provincias, Castelar proclamará la república federativa y la sostendrá en su periódico.

Castelar no ha creado la idea democrática ;pero es su mas ardiente apóstol. La verdad y el error vagan en el espacio desde el principio de los siglos. Ambos son increados, ambos iuherentes al entendimiento; ambos han tenido y tienen sus apóstoles; pero no hace mucho el que sacrificando su fortuna, su reposo y su vida se proclama defensor decidido de la verdad? En medio del egoismo de nuestra época, de la indolencia de nuestra raza, no es un heróe el que por conseguirlo todo, todo lo sacrifica?

Todavia Castelar es jóven: el horóscopo de su vida está escrito en el gran libro secreto de los destinos; nuestras curiosas miradas no puedan penetrar en sus páginas; pero es dado á nuestro corazon presentir y augurar alguna vez sobre los sucesos futuros. Emilio Castelar tiene su puesto de honor en la democracia: fuera de ella seria siempre un gran orador pero no un hombre grande. Su talla gigantesca iria disminuyendo á medida que se alejase del pedes-

tal de gloria que hasta ahora lo viene sustentando.

Castelar no pnede ser mas que apóstol de la idea republicana. Cuando esa bandera tiembla y vacila en algunas manos tímidas, él debe arrebatarla, apretarla contra su corazon y mostrarla al pueblo. Si la democracia ha de ser el porvenir de toda la Europa, que hace España ahora que es dueña absoluta de su soberania? Si hemos de hacer otra revolucion mañana, porqué no aprovechar la que hemos hecho hoy? Hemos de quedar siempre á la zaga de las otras naciones? Se ha de repetir siempre la fatídica palabra: *¿aun no es tiempo?*

El voto nacional lo llamará á la asamblea constituyente y allí sustentará las mismas doctrinas y en aquel pnesto tan merecido como anhelado para él por todos los partidos. escuchará España el primero de los oradores popurales y la prensa nacional y estrangera esperarán con ansia sus discursos para difúndirlos por millares de hojas que circularán por todo el mundo civilizado.

Ignoramos los destinos señalados por la Providencia en el gran libro del Porvenir, al ilustre orador y escelente patriota: mas cualesquiera que fueren, el aura popular le acompañará siempre en sus glorias y en sus infortunios, como le acompañará siempre la sincera adhesion de

A. G.